



XVIII.

**L**EGO por fin el día del baile, tan esperado y suspirado por la juventud de Citala. Como ascua de oro lució en tal ocasión la casa de don Miguel, convertida en lugar de delicias nunca vistas en el pueblo. Fué trocado el patio en fantástico jardín lleno de farolillos venecianos que, suspensos de las ramas de los arbustos, semejaban flores de luz, abiertas en vegetación maravillosa. Dos corredores sirvieron de salones de baile, llenos de bujías y de espejos, de guirnaldas y de flores; y en los otros dos, trocados en salas de ambigú, fueron apercibidas mesas cargadas de exquisitos manjares traídos de la ciudad. Ostentaban orgullosamente aquellas mesas,

hermosísimos centros Christoffe de artística forma y argénteos reflejos; enormes jarrones de porcelana cargados de flores, y elevadísimas torres y fuentes de vistosos colores obra meritísima de la confitería francesa. La música, venida también de la capital, fué colocada en un tablado, en un ángulo externo del patio, era la más famosa y celebrada del Estado. Sus acentos arrobadores trastornaban el sentido de los citalenses, porque nunca habían resonado otros tan blandos como ellos en el recinto de la asombrada población.

Déjase entender que habían sido invitadas para concurrir al lucidísimo sarao, además de los vecinos más conspicuos del pueblo, muchas familias elegantes de la ciudad, de las cuales no pocas aceptaron la invitación y se trasladaron al pueblo con su lujo deslumbrador. Había en la reunión vestidos sencillos y hermosos, elegantes y cursis, como es de estilo en casos semejantes; pero el efecto general era magnífico. El pueblo de Citala gozaba fama de ser rico semillero de hembras robustas y hermosas; y á fe que demostró en aquella coyuntura, merecerla de justicia, pues por donde quiera se mira-

ban ojos luminosos como estrellas, mejillas sourosadas, bocas purpurinas y gargantas mórbidas y ebúrneas, dignas de diosas. ¿Qué importa que algunas de aquellas niñas graciosísimas estuvieran ataviadas con pobreza ó con mal gusto, si sus encantos naturales se sobreponían á todo cuanto hubiera podido empañar sus fulgores, como las estrellas cintilan á través de las brumas del cielo?

Chole, mal contenta con su pobreza, había obligado á su débil padre á hacer un disparate y á comprarle ricas telas para su vestido de baile. Pero como recibía la *Moda Elegante* y se la daba de persona hábil y de gusto exquisito, ella misma se había confeccionado el traje, echando á perder el costoso género, por la extravagancia del corte y la pésima elección de los adornos. La de los colores, sobre todo, había dado margen á la murmuración de sus amigas y enemigas, quienes aseguraban no se había sabido á punto fijo en Citala lo que significaba la palabra *cursi*, sino hasta aquella noche en que había aparecido Chole ataviada de tan increíble manera. ¡Si no hubiera existido de antemano aquella palabra, hubiera sido pre-

ciso inventarla! A pesar de todo, como era tan garbosa la joven, y tenía ojos tan habladores, risa tan franca y cuerpo tan airoso, llevábase la atención del sexo masculino, poco entendido en achaque de modas femeninas, é inteligentísimo apreciador de las gracias del bello sexo. Así fué que, con despecho de muchas elegantes *pur sang*, arremolinábanse los galanes en torno de aquella andaluza irresistible, en solicitud de piezas, de baile de conversación ó de sonrisas.

Ramona, por el contrario, apareció vestida con sencillez extrema, pero sobria y de buen gusto. Era blanco su traje, cual correspondía á su juventud y á su inocencia; sin profusión de adornos, y con mangas un tanto largas unidas al niveo guante, que calzaban sus pequeñas manos y brazos aristocráticos. La delicadeza de su talle contrastaba artísticamente con la moderada robustez de su busto, lleno de donaire natural, de juventud y de vida. Llevaba cogido el pelo en un nudo alto, al estilo de las antiguas griegas, atravesado graciosamente por áurea flecha que le sustentaba. Entre el tesoro de sus cabellos de ébano,

lucía una gardenia blanca, colocada con arte soberano, como estrella radiosa sobre la cabeza de un ángel. Su frente inmaculada por la que nunca había cruzado un pensamiento malo, apareció medio velada por ricitillos ondulantes que le prestaban mayor gracia y encanto. Los ojos grandes, dormidos, de pupilas inmensas, de extremidades rasgadas en forma de almendra, daban casi miedo cuando miraban; tanto por su irresistible belleza, que hacía palpar el corazón, como por el fondo de candor virginal y de bondad infinita que atesoraban. La nariz delgada, fina y correcta, daba á su perfil, coronado por la alzada cabellera, corte clásico; hacía pensar en las vírgenes de Atenas esculpidas por el cincel de Fidias en los marmóreos frontones del Partenón. Sus mejillas brillantes con los colores de la salud y de la vida, tenían la deliciosa curvatura de la adolescencia, y mostraban cerca de la boca tembladores y fugaces hoyuelos que arrobaban la vista. En su boca fresca, pequeña y color de grana, vagaba dulce sonrisa, que dejaba entrever la doble hilera de sus dientes nacarados, semejantes á finas perlas de la India. Cuando aquellos

labios, que parecían pétalos de rosa, daban salida á la palabra, su voz embelesaba el oído y hacía caer á la mente en sabrosísimos arrobos.

No llevaba joyas valiosas, ni las había menester, porque el conjunto de su hermosura era una obra maestra de la naturaleza. No hubo quien no conviniese en que era la reina del baile. Y como Ramona parecía ignorarlo y se mostraba modesta y humilde por extremo, no tenían reparo ni aun las jóvenes más envidiosas en confesar sus hechizos. Al que eleva la frente con insolencia queriendo sobreponerse á los demás, se le niega todo mérito, aunque lo tenga, ya que no por envidia, por dignidad instintiva; porque hiere quien exige homenaje forzado, con altivez de monarca. Al que, dotado de excelencias reales no pretende imponerse, ni reclama culto y reverencia, sino antes bien parece desconfiar de sí mismo, hay gran placer en tributarle consideración, y en proclamar en voz alta su superioridad y su valía.

Consagráronse en cuerpo y alma doña Paz y Ramona á hacer los honores de la casa, atendiendo á todos los invitados, ha-

blándoles y multiplicándose por ambos salones de baile. So pretexto de atenciones imprescindibles, excusose la joven de bailar todas las veces que se vió solicitada para ello, que fueron incontables; pues los jóvenes de Citala ó de sus inmediaciones, y los cortesanos venidos de la ciudad, la cercaban á porfía. Pero negábase ella con exquisita finura y cortesía, sin lastimar á nadie, y no tenía más que hacer, que andar recibiendo solicitudes y despachándolas desfavorablemente con encantadora dulzura.

No quiso Luis Medina aventurarse á pedirle una pieza, en vista de la mala suerte que iban corriendo las otras peticiones, y limitábase á verla y suspirar, y á seguirla por los corredores, como si fuese su sombra. Don Agapito, su padre, que observaba aquellas maniobras, púsose á su lado y le dijo:

—¿Qué haces, hombre, que no te acercas á Ramona? Pareces un colegial.

—Ya ve usted como no tiene quietud. Anda de un lugar para otro; apenas he podido saludarla.

—Tienes poco discurso. ¿Por qué no la invitas á bailar?

—No he querido exponerme á que me desaire. Ha rehusado cuantas invitaciones se le han hecho.

—¿Con que esas tenemos, eh?

—Sí, señor: mire usted. En este momento se le aproxima aquel caballero con el propio objeto. ¿Oye usted como le dice que no le es posible complacerlo porque no se lo permiten sus deberes de hospitalidad?

—Ya lo oigo; pero verás como no se resiste á acompañarte á tí. Espera un momento. Luego vuelvo.

Alejose don Agapito al decir esto, dejando perplejo á Luis, que no sabía cómo explicar su retirada. Momentos después apareció don Miguel en escena, y llamó á Ramona aparte. Tardó la joven un rato en volver á los corredores; al cabo tornó á presentarse en compañía de don Miguel; pero con muestras de visible agitación en el semblante. Hé aquí lo que había pasado.

Cuando don Agapito se separó de su hijo, fuese á buscar á don Miguel. Hallóle cosido al costado del licenciado Camposorio, ofreciéndole copas, brindando á su salud y diciéndole una porción de ternezas. Estaba un poco *iluminado* á aquellas horas por la

profusión de las libaciones, y no cesaba de hablar de sus derechos reconocidos al Monte de los Pericos, y de la insigne mala fe con que le había desposeído de ellos su compadre don Pedro durante tantos y tantos años.

—Usted dispense, señor don Miguel, díjole Medina, una palabrita....

—Las que usted guste, señor don Agapito; pero antes hágame favor de tomar esta copa á la salud del señor licenciado Camposorio.

—A la salud de usted, señor don Miguel, repuso el español haciéndose el sordo y apurándola.

—Gracias, señor don Agapito.

Cuando se hubieron apartado del grupo, continuó Medina:

—Vengo á suplicarle sea padrino de mi hijo para que Ramona le acompañe á bailar.

—Con mucho gusto, ahora mismo....

—Pero antes debo manifestarle una cosa. La niña se rehusa á bailar con cuantos se le acercan. Dice que está muy ocupada en hacer los honores de la casa, y que no puede dejar sobre su mamá todo el peso de los deberes de cortesía.

—Pues que los deje: ¿á ella que le interesa? La vieja á hacer cortesías; la muchacha á saltar al compás de la música. Tal es el orden de la naturaleza. . . . Verá usted como en este momento lo arreglo. . . .

—Le suplico que, antes de llevar á Luis, hable usted con ella; no vaya á ser que mi hijo sufra un bochorno.

—Por ningún motivo; ¡se podría ver! . . . Está bien; voy, pues, á hablar con Ramona, y vuelvo en seguida.

Y en efecto, sacó aparte á su hija, y la dijo:

—Estás haciendo groserías con todo el mundo. ¿Por qué no bailas?

—Porque no tengo tiempo; debo atender á muchas cosas. Mamá no puede hacerlo todo.

—Pretextos, pretextos. . . .

—No, papá, pregúntale á mamá si no es verdad; cuento con su permiso.

—Es que están de acuerdo ella y tú, como siempre.

—Te aseguro que no.

—Bueno; sea de ello lo que fuere, lo que importa es que no vayas á desairar á Luis ahora que te invite.

Ramona se puso pálida.

—¡Pero si ya ves que no puedo! murmuró.

—¿Por qué no puedes?

—Porque estoy muy ocupada. . . .

—Pues haz á un lado las ocupaciones.

—Sería una falta. . . .

—Eso déjame lo á mí, corre por mi cuenta. Lo que se diga de la familia, se dirá de mí principalmente.

—Te ruego por lo que más quieras, me permitas no bailar. ¿Qué dirían las demás personas á cuyas invitaciones he contestado negativamente? Se darían por ofendidas.

—Pues baila con todos; me encargo de decirle al mundo entero, que ya estás dispuesta á bailar.

—Por Dios, papacito, concédeme esta gracia. . . . y comenzó á llorar la pobre joven.

—No me lo vuelvas á decir; haz de hacer lo que te digo. No creas que dejo de comprender lo que significa todo esto. Es seguro que le has prometido al novio que no has de bailar con nadie. . . . Él te lo habrá exigido, y quieres darle gusto. Pues no, señor; eres mi hija y tienes que hacer lo que yo te ordene. Mientras estés bajo mi

patria potestad, habrás de obedecerme, quieras ó no quieras. ¿Lloras pensando que se va á enojar Gonzalo? Pues tanto mejor... eso es lo que yo quiero: que rabie, que se muera del disgusto, que te deje libre de sus exigencias ese mozalvete.

No podía contestar Ramona, porque se lo estorbaban los sollozos. No olvidaba ni por un momento que estaba la casa llena de concurrencia, y tenía que contenerse para no ser oída; pero, al mismo tiempo, era tan grande su aflicción, que no podía sobreponerse á la necesidad de derramar lágrimas. Era ciertamente irrisorio el contraste que ofrecía aquella escena violenta y dolorida, con la alegría que por todas partes reinaba, con el brillo jubiloso de las luces, con el estrépito regocijado de la fiesta, y con el ruido de las voces y del baile que llegaba hasta la apartada estancia. No menos irónico era el contraste que presentaban las galas y atavíos de la joven, destinados al bullicio de la fiesta, con su actitud consternada, con el llanto que rodaba por sus mejillas y con los sollozos entrecortados que se le escapaban de los contraídos labios.

Pero nada de esto movía á piedad al aira-

do padre, quien veía más que con indiferencia, con no reprimida cólera, aquellas manifestaciones de sufrimiento.

— Por compasión, gimió Ramona, no me obligues á eso.

— Eso es lo que has de hacer, eso, eso...

— No puedo; permíteme que me quede oculta en la pieza más distante de la casa.

— Eso quisieras; pero conmigo no juegas. Has de hacer lo que te mando, ó nos van á oír los sordos. ¿Qué dices? ¿me obedeces?

El diapasón de la voz de don Miguel iba elevándose gradualmente hasta llegar al nivel casi del grito. El buen señor estaba har- to trastornado por los brindis y por sus rencores para observar la más pequeña com- postura. Comprendiolo así la joven, y sintió que el rubor le invadía el rostro.

— Vamos, prosiguió Díaz con violencia; ponte en pie luego y sígueme, si no quieres que te lleve á empujones..... aunque se rían de nosotros los convidados..... aunque se caiga el mundo..... he de llevarte.

Tuvo el instinto Ramona de conocer que era capaz su padre, en aquel estado, de hacer lo que le decía, y de sacarla á los corredores por medio de la violencia. Por su edad,

por su sexo y por su educación sentía un miedo horrible al escándalo. . . . . No había que vacilar; era preciso hacer lo que de tal modo y con tan gran apremio se le ordenaba.

—¡Vamos! repitió don Miguel asiendo con mano de hierro el puño enguantado de Ramona y sacudiéndole con furia; ¡en el momento! ¡vamos!

Hizo la niña un gesto de dolor, y elevando á don Miguel los ojos llenos de lágrimas y con la boca contraída por los sollozos, como niño apesarado, contestó con voz mansa y dulcísima:

—Haré lo que me dices. ¿Me permites que me serene un momento antes de salir? No quiero que me vean llorar.

Era tan tierno y dolorido su acento, que sintió el padre, por más perturbado que estuviese, le penetraba hasta el fondo del corazón, arrancándole un movimiento de lástima y ternura.

—Sí, hijita, contestó cariñosamente, mudados de súbito su continente y su voz como por encanto; espera cuanto sea necesario. Sabes que hablándome de esa manera y obedeciéndome, haces de mi lo que quieres.

Y tomando la llorosa cabecita entre las

manos, la cubrió de besos afectuosos. La dulce niña correspondía á aquellas manifestaciones de amor, con puras y blandas caricias; pues, aunque se sentía atormentada por el mismo ser que le había dado la vida, no tenía para él en su corazón más que cariño, veneración. . . . . y ruego dulce y humilde.

Cuando volvieron padre é hija á presentarse en el baile, había pasado la tormenta. Ramona aparecía resignada, aunque con un poco de irritación en los ojos, y don Miguel venía convertido en padre amorosísimo. Juntos fueron á buscar á don Agapito

—Aquí tiene U. á Ramona, señor don Agapito, dijo don Miguel. Le he indicado lo que Ud. me dijo hace poco, y me ha contestado que está dispuesta á bailar con Luis.

—Mil gracias, señorita, repuso don Agapito con exquisita cortesía; grande honra recibe mi hijo con esta distinción. Y todos tres se dirigieron en busca del feliz manebó, quien ofreció el brazo á la hermosa niña, y se perdió con ella entre la muchedumbre de las alegres parejas.

Bailaron los jóvenes pasando raudos por ambos corredores. Hacían un par soberbio.



Hermosos, ricos, buenos; en todo armonizaban; parecían haber sido criados por la naturaleza para acompañarse en la peregrinación de la vida. No hubiese sido menester tanto para que la concurrencia fijase la atención en ellos de un modo preferente; habría bastado la circunstancia de haber sido por aquellos días uno y otro el tema obligado de las conversaciones, por el ruidoso rompimiento entre Ruiz y Díaz, y por las mil peripecias que de él se habían originado. Reunidos todos estos motivos, produjeron hondo efecto en el concurso, que no tenía ojos más que para ver á los jóvenes pasar y deslizarse por la lona sembrada de polvo de oro, en ágiles y graciosos giros, como héroes de una leyenda encantadora. No cupo ya para nadie la menor duda: Luis y Ramona eran *I promessi sposi*; opinión confirmada por el hecho de no haber querido bailar la joven con ningún otro galán más que con Luis.

Entretanto, cuando cansados de bailar, continuaban él y ella cogidos del brazo, discutiendo por los salones, era par todo extremo difícil su conversación. Luis no podía articular palabra por exceso de emoción;

ella, porque estaba displicente y contrariada. Obedecía á su padre como una máquina. Bailaba porque ponía en acción los músculos; pero su voluntad había permanecido ausente y rebelde. Y aunque Luis no fuese la causa inmediata de sus penas, sentía hacia él una sorda irritación por ser al menos su causa remota. Así es que cuando, vencida al fin la timidez amorosa, le dijo el joven:

—Esta noche es la más feliz de mi vida.

—No sé por qué, le contestó con sequedad.

Luis necesitaba ser alentado de algún modo. Aquella respuesta áspera, desconcertóle de tal suerte, que necesitó arrebatar á Ramona dos veces entre sus brazos en el torbellino del vals, y descansar otras tantas, para recobrar el ánimo perdido. Pasó todo ese tiempo sin que una palabra se cruzara entre ellos. Al fin logró reponerse del susto.

—Ramona, la dijo, estoy cierto de que Ud. sabe cuál es el secreto que voy á confiarle; es imposible que no lo haya adivinado. Se lo he dado á conocer por cuantos medios he podido. . . . . Pero tengo que decírselo, y se lo voy á decir. . . . . (Vaciló un momento y luego continuó con voz trémula.) Mi confesión se refiere á los sentimientos

que Ud. me inspira. Admiración, respeto, cariño, no sé cuántas dulces cosas..... Cuando la veo, me entra una especie de angustia, que parece que me va á faltar el aliento, que se me va á saltar el corazón; pero es una angustia dulcísima, superior al más grande placer de la tierra. Siento deseo de llorar y de reír, de hablar y de callar, de pedirle que me mire con sus grandes y hermosos ojos, y de caer de rodillas á sus pies.

No podía hablar; la emoción le sofocaba. Había sinceridad en sus palabras; vaciaba por la boca el apasionado contenido de su alma. Dábalo á conocer en todo: en la expresión del rostro, en el tono de la voz, en la vehemencia de las frases. Comprendió Ramona, y no pudo menos de sentirse conmovida por la piedad; pero su corazón no respondió con un solo latido á aquel afecto tan hondo y respetuoso.

—Desde que era muy niño me he sentido atraído hacia Ud. por fuerza misteriosa; su imagen me ha seguido por donde quiera, continuó diciendo el joven. Mi corazón ha latido por Ud. y nomás por Ud. Bien sabe Dios que la ilusión más hermosa que he

acariciado, ha sido la de ser amado por Ud., la de hacerla mi compañera, mi esposa, mi reina. Para conseguir esta dicha inmensa, me parecerían pequeños todos los sacrificios; porque es para mí la más grande, la sola que anhelo con toda el alma.

Hubo una pausa que empleó Luis en orientar las ideas, trastornadas un tanto.

—Cuando he creído que mi sueño no podía realizarse, me he sentido muy desgraciado. ¿De qué me servirían la juventud, la fortuna, todo lo que tengo y me rodea, cuanto en mí envidian los demás, si Ud. me abandonara para siempre? He vacilado mucho antes de dar este paso, porque, sinceramente, no me considero digno de Ud. ¿Quién soy yo para aspirar á su cariño....? Pero necesito revelarle mis sentimientos, porque en ellos están cifradas mi vida, mi felicidad y mi esperanza. Ramona, yo la amo á Ud..... Si mi amor encuentra en el corazón de Ud. un eco simpático, seré el mortal más venturoso, y pasaré la vida de rodillas dando gracias á Dios por tanta felicidad. ¡Dios le inspire cariño para mí! En este trance lo arriesgo todo; no sé qué sería de mí si Ud. no me quisiera. Me con-